

OSVALDO MAGNASCO



ODAS

DE

HORACIO



BUENOS AIRES

IMPRESA DE OBRAS, DE J. A. BERRA, BÓLIVAR 455

1893

CEXEGI

R/4988

ODAS DE HORACIO

l. 15732512
i. 15215787

UNIVERSIDAD DE EXTREMADURA



202000 364153



OSVALDO MAGNASCIO

ODAS

HORACIO



Buenos Aires

Editorial de Ciencias Exactas y Físicas, Bolívar 465

TS-6065

OSVALDO MAGNASCO



ODAS

DE

HORACIO



BUENOS AIRES

IMPRESA DE OBRAS, DE J. A. BERRA, BOLÍVAR 455

1893

ADVERTENCIA

La responsabilidad que esta publicación pudiera acarrear pertenece toda entera al distinguido escritor que ha querido amparar este SPECIMEN con su deferencia y con su nombre.

Estas traducciones dormían dispersas entre las páginas de mis clásicos predilectos. El señor Mariano de Vedia quiso un día exhumarlas. Hubo, como puede colegirse, una escena parecida á la de DON JUAN con el escultor—y, sea dicho en homenaje á la verdad, la LALAGE de mis versiones fué clandestinamente entregada á las columnas de TRIBUNA.

Yo tengo mucho respeto por la memoria y por las obras de los grandes poetas y ya he dicho que hay algo más que simple osadía en las tentativas de traducción. Lo he demostrado alguna vez, cuando un eminente hombre público argentino eligiera la COMMEDIA del de Florencia para campo de sus reposos intelectuales y de sus entretenimientos poéticos.

El fruto de la valiente labor de Mitre fué justicieramente criticado. Ahora, por voluntad de mi noble patrocinante, entro yo á la liza preconciente del destino que me aguarda.

Minos ceñirá su larga cola en torno de sí mismo E POI, GIÚ!—bien abajo! al círculo de los traidores, al círculo congelado del pobre Ugolino—que no es solo Mitre quien se ha metido en el INFIERNO!.....

Se volverán á encontrar Dante y Horacio allá en las apacibles soledades del campo de los poetas, en el simpático colegio de los inmortales, presididos siempre por Homero, aunque no ya destinados ó movidos por mandatos supremos sino por inspiraciones particulares de dos habitantes de la República Argentina.

No importa: al fin, yo voy bien asociado porque me voy con la honrosa compañía del General. Ahora, que Vedia se busque compañero para tan árduo viaje ya que nos tocará relevar al protagonista de Trueba, enderezándonos la crítica:
DE PATAS EN EL INFIERNO.

~"Purus et insons causa fuit pater."

*Al santo culto de la memoria paterna que tanto
supo enaltecer Horacio.*

AL CAPITAN MAGNASCO

HORACIO



HORACIO

SUS ODAS

Le fond de ces petites pièces est également piquant dans toutes les langues.

LA HARPE—*Cours de Littérature.*

Hace algunos años que leyendo el testamento de Mecenas, me interesó vivamente la cláusula relativa al gran lírico latino: «*Augusto, acuérdate de Horacio como de mí mismo.*»

Me pregunté entonces si tan sólo sería un sentimiento de honda amistad lo que inducía á aquel ilustre varón á pedir para el poeta los altos favores del príncipe y después que hube verificado la lectura tan provechosa de sus obras y completado el estudio prolijo de una buena parte de ellas, me incliné á creer que el juicio contemporáneo sobre la ilustre personalidad del único lírico latino que haya llegado hasta nosotros, era si no del todo erróneo, al menos exagerado y por tanto en más de un concepto injusto.

No, ni Augusto ni Mecenas ni el poeta Varo ni aquel *optimus Virgilius* de las Églogas inmortales, podían haber erigido esa amistad inalterable y esa dulce intimidad *usque ad mortem* nada más que sobre la deleznable base de una mútua lisonja personal. Había algo más que la pasión del cariño recíproco—había algo más que la franca admiración por el talento genial del esclarecido poeta y ese algo no podía ser otra cosa que el fondo al fin bondadoso de Horacio por más que su carácter adoleciese de esa inimportante versatilidad tan común, no sólo en los hombres de genio, sinó en las organizaciones fundamentalmente buenas.

Yo no podía aceptar que aquel caballeresco patrono hiciese en los últimos instantes del trance supremo la desgraciada consagración de la alabanza palaciega y de la más rastrera adulación. No; el hijo de aquel oscuro pero virtuoso liberto de Venusia que llega á la más sublime de las abnegaciones paternas para modelar el alma del que debía inmortalizar su nombre, célebre tan sólo hasta entonces por la tradicional nobleza de sus dueños, no es cierto que fuese un comediante sin moral, ávido solamente del favor de los poderosos y del bienestar sensual de la existencia.

Lejos de mi ánimo, sin embargo, el propósito de encender sobre el ara de mis simpatías la au-

reola de su santificación. Yo pretendo conocerle bastante. Le conozco su adolescencia llena de sugestivas precocidades; su juventud con su amor por las letras y por las grandes cuestiones del pensamiento humano; le conozco en los días en que viviera del corazón improvisando ó burilando sus Odas galantes y más tarde cuando rematará su prestigio con la labor seria del adulto en sus Epístolas y en sus Sátiras.

He tratado de seguirle desde sus mocedades, que él mismo nos refiere con aquella insuperable franqueza que no es sin duda el menor incentivo de sus versos; le he visto por resolución de su propio padre, vivir en la pompa sin ostentaciones frívolas de la nobleza decente. Recuerdo que su libro predilecto fué el de aquel Homero que la posteridad va magnificando tanto que de repente vamos á ver esfumados sus perfiles en la blanda claridad de lo que es pura leyenda. Y recuerdo también — él nos lo dice — que las armonías de Píndaro y las dulzuras de Anacreonte, dejaron estela perdurable en el alma de ese que se iba á Atenas á completar su educación escuchando la palabra inspirada de los grandes maestros de la filosofía, de la poesía y de la elocuencia.

No hay duda que también recorriera el campo de la poesía mediocre de los griegos, pues que en su Oda contra Casio Severo—que en los ra-

tos de ocio he dejado mal parada en verso castellano pero exactamente interpretada—nos cita algunos detalles de la vida de Arquíloco, autor del yambo y poeta satírico bastante difamador.

Le he visto huir, como la gacela de su Oda á Chloe, lastimosamente espantado, del campo de batalla, dejando abandonados á sus soldados y hasta su propio escudo, mientras en la Époda citada hace alarde de competir en valor con la bravura legendaria de los mastines atigrados de Laconia — *canis fulvus Laconia*. Le he visto maldecir á Octavio, que le confisca sus bienes en aquellos días luctuosos de la guerra civil, tan distintos de los tiempos en que el Octavio se torna Augusto y llena siete lustros de la historia de Roma con los destellos de su inmortal prestigio. Y le he visto entonces penetrar de la mano de Virgilio al palacio del ex-vapuleado, tembloroso á pesar de su nativa altivez y estrechar poco á poco aquella intimidad histórica que debía ser fecundo manantial de poesía horaciana en esas odas ditirámicas que el juicio de la posteridad ilustrada tiene que aceptar mucho menos como adulación cortesana que como un altar erigido por el poeta, en el que mantuviera hasta la muerte, siempre encendido, el fuego de la más viva y de la más pura gratitud.

Le he visto decir en su epístola II—*paupertas*

impulit audax ut versus facerem — y después edificar su villa de Sybaris y su casa campestre en el inolvidable Tibur, aquel Tibur de la Oda á Quintilio Varo, en donde la vida del poeta se desliza entre las comodidades de un confort completo. Le he visto exclamar *ó rus quando te ego adspiciam* — oh mi campo, cuándo podré ir á verte? — y sin embargo también le he visto volver fastidiado del campo á la voráGINE de la ciudad y á los hastíos de la corte de que antes huyera presuroso.

Le conozco. Pero, los hombres deben ser estudiados con arreglo á su época, y las odas, analizadas según los principios filosóficos entonces prevalentes. Ya sé que tengo que suavizarlas algunas veces, cubriendo sus desnudeces siquiera con las blandas tenuidades de un tul, pero debe ser muy infeliz ó muy lleno de prevenciones injustas quien pretenda juzgar la moral de Horacio — la moral de su época — con el cartabón severo de las doctrinas evangélicas. El estudió en Atenas lo que en Atenas se enseñaba: andaba en voga aquel Epicuro — *de grege porcos* — pero andaba en voga y yo no tengo la culpa de creer en los tantos errores con que contará el dogma científico de actualidad y que los adelantos indefinidos de la especie han de destruir poco á poco.

Es natural: si Horacio hubiera leído el Sermón de la Montaña, no habría escrito su Oda á Leu-

conoe ó á Taliarco y otras del mismo género. Pero, yo pregunto si dentro de las exigencias de la época, puede haber escritos más rigurosamente morales que cualquiera de las producciones horacianas.

En sus odas está la fogosidad de la juventud el fuego de un temperamento impetuoso que el genio de su razón no alcanza á moderar todavía; las Sátiras reflejan un período intermediario, la crisis de una transición perfectamente perceptible aún para el ojo del profano, y el adulto serio, razonador, reposado, está en las Epístolas que irradian luz meridiana y resplandores de ocaso.

Lo he seguido, pues, con los mejores materiales modernos al través de su accidentada existencia y por eso mismo no lo santifico, pero no lo acepto como me lo dá el pensamiento vulgar, estigmatizado con el dictado inapelable de servil.



Este poeta tenía idiosincrasias bien perceptibles por cierto. Revelanse en todos sus escritos. No me refero aún á las peculiaridades de su temperamento poético—que esbozaré más adelante—sinó á las provenientes de su fisiología particular.

No he dejado seducirme por sus propias na-

raciones, pero los rasgos biográficos que accidentalmente traza, no pueden ser desechados así no más. Habrá manifestaciones para las que sería muy prudente un riguroso beneficio de inventario, pero hay también—y numerosas—delicadas expansiones que le enaltecen sobremanera y que dejan traslucir una parte importante de su compleja intimidad.

Él mantuvo siempre la noble pasión de su amor de hijo — la gran pasión! — Nunca, jamás, se debilitó en su alma el sentimiento como religioso de gratitud y de cariño por la memoria del que había sido su padre. He leído versos que no son sinó la sublime exteriorización de tan noble culto.

Que los caballeros y los senadores diesen especial educación á sus hijos, entregándolos á las grandes eminencias de Roma ó de Atenas, es un acto que al fin á nadie ha de maravillar, pues que en todo ello había mucho menos afecto paternal que afán de conservar el brillo de la estirpe.

Pero ese pobre liberto que hace tan abnegadamente el sacrificio de su escaso patrimonio en pro de su precoz adolescente; ese pobre liberto que le lleva á Roma vestido con traje de noble y escoltado con séquito numeroso de esclavos— *vestem servosque sequentes*; — ese pobre liberto que le acompaña solícito hasta la casa de sus

maestros—*circum doctores aderat*—y lo conserva incorruptible porque como dice Horacio, «la pureza es el primer fundamento de la virtud;» ese que vende sus tierras para enviar su hijo á Atenas, ese tiene la visión providencial de un hermoso destino y las intuiciones como proféticas del cariño y los presentimientos inequívocos de una esplendorosa inmortalidad.

«*Purus et insons, causa fuit pater!* Todo se
 « lo debo á mi padre, y acaso porque fué hu-
 « milde he de tener el coraje de ocultarlo? Oh
 « no, exclama, yo no soy de aquellos que, para
 « escusar la oscuridad de su orijen, dicen que si
 « no tuvieron progenitores ilustres fué porque
 « ello no dependió de su propia elección. No
 « pienso yo así y si la naturaleza me permitiese
 « recomenzar la vida, dándome la libre opción
 « de mis padres, contento con los míos queridos
 « no iría á buscarlos nó entre los lictores ó en
 « las sillas curules! (*Sát. Lib. I, V, VI*).

De cuánto puro perfume, están impregnadas estas flores que arranco de la Sátira sexta! El sentimiento que así vibra con tan altas sonoridades, solo puede albergarse en las intimidades de un fondo incuestionablemente noble. El culto de la memoria paterna es una prenda segura de virtud.

Podrá tener Horacio odios accidentales; algunas de sus obras destilan rencores que parecen

salir del fondo de su alma como la negra humareda de las criptas dantescas, pero son odios y rencores pasajeros, odios y rencores de índole literaria, porque en este poeta, hasta las versatilidades son simpáticas y pasa á menudo de la imprecación maledicente al cariño más efusivo con esas fáciles transiciones de los temperamentos nativamente bondadosos.

Inalterable, como aquel hondo sentimiento filial, fué su amistad con Augusto, con Mecenas, con Varo y con Virgilio y así como la menor afrenta y hasta el reproche más insignificante podían tornarlo pertinaz y temible enemigo, también cualquier halago amistoso, cualquier manifestación benevolente, le encadenaban por siempre con los vínculos de una gratitud que jamás se hubiera atrevido á quebrantar sin sonrojarse.

Por eso mismo no es extraño que algunas de sus odas se intitulen *Palinodia*, porque en efecto muchas veces la cantó gentilmente, olvidando sus antiguos resentimientos ó sus injustificados enojos. «¡Oh, decía, la cólera es mala consejera» y al arrepentirse invitaba cariñoso á aquella *matre pulchrâ filia pulchrior* á arrojar sus culpables yambos á las llamas ó á los abismos del Adriático!

Y esas expansiones de íntimo reconocimiento son más notables en éste que en otros poetas que se hallaron en su misma situación de prote-

cidos. Ennio vivió en casa de los Escipiones y su estatua fué colocada después de su muerte en el panteón de la familia; Lucrecio vivió en el hogar de los Memmios y fué como de la casa; á Terencio lo protejieron Lelio y el famoso Escipión el Africano; Accio tuvo por patrono á Decimo Bruto que le colmó de atenciones; Tibulo anduvo con Messala y Propercio con Gallus. Es sabido que Virgilio debió gran parte de su renombre á la amistad íntima con Pollión y á los beneficios de Mecenas, de quién, según se dice, recibiera una vez cien sextercios ó sean cerca de noventa mil libras, además una casa en Roma, en el Esquilino, una villa cerca de Mola y otra en Sicilia.

No obstante ello, Horacio es el que conjuntamente con Virgilio, se destaca en primera línea por las manifestaciones de su leal reconocimiento. Augusto escribía á Horacio de igual á igual, con ese levantado respeto que revelan las cartas que han llegado hasta nosotros. Las respuestas del poeta eran por regla general Odas ó Epístolas y si á Horacio se le puede llamar cortesano por ellas, también sería muy lójico denominar así á Augusto mismo que las provocaba con laudatorias frecuentes que era menester retribuir siquiera por mera cortesía.

Verdad que escribiera contra Augusto y hasta le combatiera en el ejército de Bruto, llevado

más por las pasiones de aquellos tiempos azarosos que por malignidad de espíritu. También Juvenal censuró despiadadamente á Domiciano después de haberle enzalado y es sabido que Lucano mismo comenzó por elogiar á Neron y que más tarde, desesperado, le fustigó virilmente hasta que, persuadido de que era imposible vivir bajo la presión de tan atroz tiranía, resolvió suicidarse y lo hizo con aquel crudo estoicismo que caracteriza los dolores de la época.

Pero Horacio redimió íntegramente su falta—si es que ello era una falta—y vivió con el emperador como viviera con Virgilio y Mecenas—colmado de deferentes atenciones y de nobles estímulos que él retribuyó afectuosamente en todos los actos de su interesante existencia.

El destino, que los había unido en la vida, quiso unirlos en la muerte y algunos años después del fallecimiento del de Mántua, desaparecía por siempre el generoso protector de Horacio. Este había jurado que no podría sobrevivirle (1) y Mecenas y Horacio morían en el mismo año.

Uno al lado de otro durmieron en el Esquilino el último sueño. La muerte respetó aquel hondo cariño juntando sus huesos y confundiendo sus cenizas!

(1) Véase la Oda á Mecenas enfermo.



Sin duda, no es una *Introducción* el lugar aparentemente para abordar sin reservas un amplio estudio de la compleja personalidad de tan insigne poeta. Yo desearía poderla reflejar del triple punto de vista del arte, de la filosofía y de la moral; analizarla prolijamente en su simpático conjunto y en todos sus interesantes detalles; pero apenas si me resolveré á trazar un ligero esbozo, acentuando en una docena de pájinas las líneas generatrices y los contornos más salientes. El lector completará el examen con su criterio propio y la lectura del texto.

«Las Odas de Horacio—ha dicho un eminente literato francés—han sido burladas por la mano misma de las Gracias». Y tiene razón. Todo es delicado ú original en ellas; el tema y el estilo, el pensamiento y las imágenes, lo descriptivo y lo sentencioso, lo festivo y lo heróico, lo galante y lo filosófico. Tiene la forma todos los encantos de su oríjen—es griega: de Anacreonte. con sus dulzuras esquisitas, y de Píndaro con su cadencia y sus inflexiones melodiosas. Inoficioso es decir, que también lo es el metro y el número, pero no sé porque en las estrofas horacianas cobra nuevos incentivos.

Me atrevería á decir que el adónico se ha hecho verdaderamente célebre después de las Odas

como asimismo aquella armoniosa y dúctil combinación con el sáfico, por más que otros — griegos y romanos—la hubieran usado antes que él. Pero, puede analizarse los diez y nueve distintos géneros de estas sencillas composiciones y se alcanzará no solo la propiedad en la elección relativamente al sujeto sobre que versan, sino una verdadera orijinalidad en muchas de ellas en lo que respecta á la alternación del yambo, del tróqueo, del espódeo, del dáctilo, etc. Por eso sus versos tienen no solo las seducciones del pensamiento que tan gratamente hiere la imaginación y la inteligencia, sino los encantos de la música armoniosa con que acarician y educan el oído. (1)

Así, por ejemplo, y eligiendo al azar, puede leerse los versos con que comienza la Oda II de Lib. I dedicada á Augusto. Aun sin saber el idioma se percibe fácilmente la sonora cadencia de su ritmo.

Dichas estrofas están constituidas por endecasílabos (2) sáficos, pentámetros y rematados por un adónico. El endecasílabo lo forma con un tróqueo inicial, con un espondeo, con un dáctilo

(1) Es por esta razón que los preceptistas enseñan el estudio de cierta clase de versos y de estrofas escogiendo los de Horacio como modelos.

(2) Decimos endecasílabos para parangonar mejor latin y castellano, pues sabido es que los versos latinos se cuentan por piés.

y dos tróqueos finales ó un espóndeo último, de modo que los versos cantan. Léase:

Jam sa-tis ter-ris nivis-atque-diroe
 Grandi nis mi-sit pater-et ru-bente
 Dexte-ra sa-cras iacu-latus-arces

Y después el adónico, con dáctilo y espóndeo ó algunas veces con tróqueo

Terruis-urbem

Verdad que uno de los mayores prestigios de aquel hermoso idioma era su sonoridad y los que hayan leído á Virgilio han de recordar con cuanto sagaz talento distribuía en sus versos el número.

Luctantes ventos tempestatesque sonoras.

No es posible exigir nada más soberbio, por más que lo haya criticado Séneca.

Bueno, pero esto interesaría más bien al lector del texto latino que al lector de traducciones, en donde el metro tiene que librarse al arbitrio inteligente del traductor ó suprimir por entero sus poderosos halagos abordando una versión en prosa ó una mera explicación del original.

Lo que más vivamente despierta el interés en Horacio es la poesía descriptiva y la poesía filosófica. Sus cuadros son siempre obras maestras; sus reflexiones, verdades eternas.

Se vé á menudo fragmentos de naturaleza reflejados con delicadeza esquisita en la estrofa

sonora y brillante. Retazos de cielo límpido á través de los claros del bosque oscuro; arboles de ocaso—como aquel final de la Oda á los romanos, que tiñen con la triste suavidad de sus tonos amatistas, los collados y los montes lejanos, las casas rústicas de las faldas, las aguas cristalinas de las fuentes dormidas y el ambiente todo que va despojándose indolentemente de sus reflejos violáceos y dejándose vencer por las sombras que llegan como con magestuoso vuelo; ó plenilunios espléndidos bañando con misteriosas fosforescencias hojas y ramas, lagos y rios, perfiles de estátuas, bustos de diosas y coros de ninfas!

Refresca el verso cuando de Favonio nos habla el poeta; la estrofa viene entonces con todas las emanaciones balsámicas del campo en los días diáfanos de las primaveras que se inician. No lo han superado las modernas descripciones ni en vivacidad ni en limpidez ni en expresión ni en colorido y mucho menos en esa elocuentísima concisión que solo he visto en los grandes maestros del Lacio—poetas y prosistas.

Ahí está la célebre Oda al cónsul Sexto—*Solvitur acris*—y aquella otra á Torcuato—*Dif-fugere nives*—del mismo género ambas y cuya grandiosa portada podrá dar aproximadamente siquiera, una idea del mágico embeleso de las descripciones horacianas. Y eso que es menester repetir aquí entre condolidos y admirados,

la legendaria lamentación que aquel ilustre vencido de la elocuencia pronunciara allá en Efeso en sus póstumos entristecimientos, cuando después de leer la suya, leía la arenga de su rival en presencia de sus discípulos asombrados: «*Qué sería si hubierais oído al león mismo?*... ..» Porque, en efecto, ya he dicho que no hay versión posible, á no ser accidentalmente por mera casualidad y que es menester ir á saborear en el original todo lo que fatalmente se evapora en el traspaso.

Por ejemplo:

Trahunt siccas machinæ carinnas;
At neque jam stabulis gaudet pecus
 Aut arator igni
Nec prata canis albicant pruinis.

La pluma se siente arrastrada á transcribirlo todo y me da grima, de veras, no poder impregnar mis versos castellanos con aquel deleitoso perfume que parece constituir la sustancia misma de la estrofa latina.

Paréceme inoficioso manifestar que la expresión y el movimiento del primer verso no está en la estrofa traducida. Es de todo punto imposible reflejarlos. Y entre el *albicare* (1) y el cente-

(1) Fijose como siendo mas usado *albescere* que *albico*, el poeta elige este último en razón de su expresiva onomatopeya.

llevar ya puede elegir el lector. Yo no tengo la culpa que el castellano carezca, no de voces, porque eso sería inexacto, pero sí de esa concisión á que antes me refería, mucho más expresiva y sugestiva que una larga frase moderna.

Ahí está bien cerca el ejemplo del *arator igni*. El verbo *gaudet* de la primera oración sirve para esta otra y ya puede colegirse como con dos palabras, dos tan solo, *arator igni*, el original ha dicho mucho más que todos sus traductores é intérpretes.

«*Ad frigus depellendum*, dice con acierto uno de estos últimos y agrega: *mutari dicit usum vitæ, mutatione temporis*». La explicación es clara, pero está muy lejos de ser completa. Hay mucho más que eso, no solo el cambio de vida en razón del cambio del tiempo; no solo á objeto de quitarse el frío, sinó que así como el rebaño ya se deleita—*gaudet, delectatur*—en el campo, así el labrador no pierde su tiempo en torno de la lumbre que lo reanima en los días crudos del invierno en que la nieve centellea en los prados, sino que abre la tierra y trabaja con el arado, etc., etc. Bueno, pero yo me voy derechamente á llenar una página nada más que por dos palabras *arator igni!* Yo no tengo la culpa de que el castellano carezca de esa sugestiva sobriedad que como se vé, caracteriza el idioma blando y sonoro de los romanos.

La Oda á Taliarco—un cuadro de nieves, de cosas místicas afuera, de cosas místicas adentro, de tristezas exteriores y de afanes y de anhelos íntimos—es la antítesis descriptiva de aquellas otras.

Ya no trae Favonio en sus alas de rosa las emanaciones balsámicas de la naturaleza que renace! Ya no hay la límpida diafanidad de esos días en que las primaveras se inician! Todo es gris, opaco y melancólico.

Ya las claras corrientes no murmuran
El hielo cruel las oprimió implacable!
Amontona, Taliarco, blanda leña,
Que el frío en torno de la lumbre váse.

«Es menester volver á enclaustrarse en el hogar. La sombra que anhelabas para las fatigas del estío debes trocarla por la generosa llama de la hoguera que vivifica.» *Ante focum*, decía Virgilio, *si frigus erit, si messis in umbra!* «Destapa el anfora sabina; que corra el vino, dulce compañero del fuego y crée en la bondad inagotable de los dioses—ellos harán que no te sea perjudicial el invierno. Si,

Harán los dioses lo demás, Taliarco.
Ves? Ya no ruge la borrasca fiera
Implacable azotando la espumosa
Ola que rueda reluchando férvida!
Ves? Ya no sopla el vendabal furioso!

—Que sus iras los dioses amansaron—
Y al ciprés secular y al olmo enhiesto
No intenta indócil arrancar de cuajo!

El cuadro de la tempestad en la alegoría *A la República*, reproduce el imponente movimiento de afuera y la ansiedad interior con precisión inimitable.

La nave zozobra; la ola enfurecida ha barrido ya los remeros exhaustos de las bordas; cruje con dolor el mástil y se desgaja de súbito con rumbos de catástrofe. También está deshecho el cordaje y las antenas gimen como con ayes de moribundo; el trapo del velámen se desflaca y el viento, cada vez más bravo, sacude rabiosamente sus girones. Ni siquiera es posible invocar en tan terrible trance la piedad consoladora de los dioses y, el noble origen del maderámen de la nave—hija gentil de los pinares pónicos y de los bosques sacros—de nada sirve para aplacar la bárbara impetuosidad de la borrasca desencadenada ya en todo su siniestro apogeo!

Y, como vivaz contraste, he querido también traducir aquellas plácidas acuarelas de verano con su sol implacable ó sus ocasos de magestuosa serenidad; con sus prados abiertos, amplios y sus pintorescos alcores; con sus parrales rústicos á cuya grata sombra descansa el poeta coronada la sien de verde simbólico mirto y las frondas oscuras del bosque bajo las que se

amontona la vacada y el rebaño huyendo los rigores de la siesta; con sus fuentes y sus arroyos festoneados de sauzales á donde baja la hacienda á apagar su sed con ese paso tardo del vacuno indolente tan lleno de instintos sibaritas.

A Fauno, á la fuente de Bandusia, á Tíndaris y el final de la Oda á los romanos son admirables modelos del género que algunos poetas modernos han tratado de imitar conceptuándolos insuperables.

A la amena fuente citada que el poeta tenía en su propio campo, le dice:

A la fronda opulenta de tu orilla

No alcanzan los rigores

De los crudos calores

Del sol canicular,

Tú brindas amorosa fresco asilo

Al toro desuncido del arado

Y al rebaño cansado

Que baja sus ardores á calmar.

Yo te haré célebre entre todas, Fuente

De Bandusia divina!

Yo cantaré á la encina

Que mira tu cristal,

A la alta encina que sus raíces echa

En las cóncavas peñas, do espumoso

Germina entre un murmurio melodioso

Tu límpido raudall

Con razón decía La Harpe que «le fond de ces petites pièces est également piquant dans toutes les langues» porque efectivamente en las Odas de Horacio, y muy en especial en las amorosas ó galantes, se hermanan la gracia más festiva y traviesa con la delicadeza más gentil.

Hay en cada una de ellas la agradable manifestación de un espíritu selecto que tiene siempre á mano la frase culta, sin asperezas, insinuante, por más que muchas veces tenga que decir lo que un espíritu menos ágil tendría que callar. Por eso la perífrasis horaciana se ha hecho característica. Qué diferencia con Catulo!

Yo no sé si la tímida Chloe de sus cantos entusiastas existió ó no, pero el amor del poeta ha diseñado aquí en mí alma los seductores contornos de aquella esquiva virgen de ojos celestes y de mirada lánguida á quien recuerda tan frecuente como cariñosamente. Horacio la sorprende, húmedo pimpollo aún, al que el soplo inofensivo del céfiro hace ocultar entre las hojas como trémula y atemorizada.

Tres pinceladas — tres breves estrofas—constituyen aquel hermoso, hermosísimo cuadro. La compara con la gacela que vive en el plácido apartamiento de los bosques solitarios, á la que asusta y pone trémula hasta el suave crujir de ramas y de hojas.

Y dobla pavoroso la rodilla
Si un blando soplo la espesura razga,
O si el verde lagarto sorprendido,
Presuroso se escurre entre la zarza...

Acaso tigre ó león soy de Getulia?
¿Acaso tras de tí corro á matarte?
A tu madre abandona!—que ya es tiempo
De gustar el placer de los amantes!

Oda que podría ser completada con aquella sabrosa pero delicada descripción de la tierna Lalage, para la que el poeta hace una hermosa alegoría y salva con su genial talento las escabrosidades de un tema peligroso.

Más amada será que Phóloe huraña
Y más que Chlórís la del albo seno
Que resplandece como luz de luna
En la alta noche sobre el mar desierto!

A Ligurino, aquel rubio adolescente enamorado de sus propios encantos, le recuerda la triste fugacidad de las pompas humanas: cuando al tono claro de las rosas pálidas sucede el doloroso deshojamiento de los pétalos mústios; á Chlórís, envejecida, pero llena aún de afanes extemporáneos, la manda hilar al barrio oprobioso de Luceria; llora la muerte prematura de Cínara para contraponerla á la disoluta Líceá á quien pronostica una prolongada existencia para

que la juventud se refocile burlona á su alrededor y sufra aquella «la cruel vejez de la corneja»

Que vé su nido en otro tiempo alegre
Reducido á un puñado de cenizas!

Con cuanta fina ironía se mofa de aquel candoroso mancebo á quien la hermosa Pirra, harto avezada ya en amaños amorosos, colma de mentirosas lisonjas! Pero á fuerza de dolorosas decepciones se alecciona el hombre y Horacio ya ha sufrido los reveses de la ingratitud en las caricias falaces de la mujer, «inconstante como las brisas». Por eso exclama lo que un esclarecido poeta contemporáneo exclamara veinte siglos después, inspirado sin duda en el verso del ilustrado latino:

En cuanto á mí, ya tengo suspendida
Una tabla votiva en el santuario,
Harto enseña que guardo arrepentido
Mis ropas aún mojadas del naufragio!

Y Becquer:

Te embarcas? gritaban, y yo sonriendo
Les dije al pasar.
—Ha tiempo lo hice, por cierto que aún tengo
La ropa en la playa tendida á secar.

Después de burilar aquel apasionado elogio de Filis en la Oda á Jantías, lisonja bastante sospechosa por cierto para el mancebo que la adora, le dice á su amigo con elocuente gracia :

No sospeches de mí, caro Jantías
 Ni los celos te muerdan
 Que hace tiempo que vienen gravitando
 Sobre mí los cuarenta!

A propósito de la delicada discreción del poeta cuando es forzoso decir alguna crudeza que podría oscurecer el mérito del verso, puedo citar un ejemplo bien expresivo por cierto.

Arde en celos por Lydia y trata de disuadirla para que abandone al bárbaro Telepho á quien parece haberse entregado. Mira, le dice, no esperes de él un afecto sincero, porque en los besos con que empaña tus encantos, *Venus puso la quinta parte de su néctar.*

Abordar una explicación de tan bella perífrasis importaría deshojar la rosa pretendiendo encontrar en el cáliz deshecho el secreto de su suave perfume. Lo más que puedo hacer es transcribir á un intérprete latino:

Quinta parte sui nectaris imbuít

Quinque enim sunt amoris partes, seu gradus, seu lineae: *visus, colloquium, tactus, osculum, concubitus.*

Terencio decía más o menos lo mismo. Certo extrema linea amare haud nihil est.

Y como las citadas son todas. Yo entresaco del montón lo primero que veo entre lo que hoy ofrezco al lector, más estoy seguro que ahora como cuando complete esto, que no es sino un espécimen, esta aproximación de Horacio ha de dejar leerse con agrado permitiendo paladear algo de aquellas espléndidas bellezas á las que la posteridad ha rendido los grandes homenajes de las creaciones inmortales.

No decae jamás el interés porque el poeta ha alternado con discreción inimitable y con toda aquella honda sabiduría del *Ars poetica*—eterno manantial de buen gusto—lo serio y lo risueño, la naturaleza muerta y la grata animación de la vida de campo; consejos saludables, concisos como sentencias antiguas y gráficos y expresivos como aforismos lapidarios dignos del bloque de Páros; laudatorias entusiastas y censuras acerbas; celajes de auroras y arreboles melancólicos de ocaso; luces de medio día y sombras de borrasca; náyades de alabastrina blancura que asoman por el cristal de las fuentes sus desnudas morbideces y ninfas sobresaltadas que esquivan presurosas la hambrienta pasión de los faunos en acecho; himnos de gloria y sátiras candentes y recuerdos patrióticos y enseñanzas austeras y todo eso que constituye los variados temas de las ciento

treinta odas que para deleite de los cultores de la eterna belleza y para honor del arte antiguo, han llegado hasta nosotros y han de vivir la vida perdurable de la inmortalidad.



Yo desearía que los críticos de la moral de Horacio leyeran primero aquellas admirables páginas que nos legara Lucrecio sobre Epicuro y sus famosas doctrinas.

..... Extrá

Processit longé flamantia mœnia mundi,
Atque omne inmensum peragravit mente animoque

De grege porcos ha dicho después el efectismo poético; pero sin dejar de reconocer algunos de los defectos de tales doctrinas, no es justo oscurecer su incuestionable mérito porque, más provechosas que las idealistas de sus predecesores, proporcionan aún máximas utilísimas llenas de profunda sabiduría y de verdades que las conquistas modernas no han hecho más que afianzar y consagrar irrevocablemente.

Sea de ello lo que fuere, es menester aceptar al poeta tal como lo habían educado las cosas de su siglo y mirarlo á la luz de su propia época, enclavado en su centro histórico é influenciado por esas fuerzas sociales, morales y filosóficas que constituyen un ambiente determinado y den-

tro del cual es necesario proceder al análisis del sujeto so pena de extraviar los rumbos y llegar á los más repugnantes absurdos y á las más irritantes injusticias.

He querido exhibir en este ensayo algunas de las Odas que más enérgicamente acentúan la personalidad moral del noble amigo de Virgilio y allí podrá verse cómo el poeta no desdice del hombre íntimo, de aquel Horacio que instado maliciosamente á rivalizar con Virgilio y á suplantarlo en los favores de Augusto y de Mecenas, daba esta noble contestación: «En casa de Mecenas no se vive así. No ha habido hogar más íntegro que el suyo ni más alejado de toda cábala y de toda intriga. Allí, el más rico ó el más sabio no hace daño ni sombra á los demás; cada uno en su lugar y todos contentos.»

Así también es en sus versos. Por eso el genio penetrante y analítico de Voltaire, dijo de Horacio esto:

Jouissons, ecrivons, vivons mon cher Horace,
.....je mettrai tous mes soins
A lire tes écrits plein de grace et de sens
Comme on bois d'un vin vieux qui rajeunit les sens.
Avec toi l'on apprend a souffrir l'indigence,
A jouir sagement d'une honnête opulence,
A vivre avec soi-même: a servir ses amis,
A sortir d'une vie ou triste ou fortunée
En rendant grace aux dieux de nous l'avoir donnée.

Ahí está la magistral composición á Leuconoe en la que principalmente se inspiró Voltaire para escribir la hermosa síntesis transcrita. Por fortuna, dicha Oda ha surgido, tal vez por mera casualidad como yo lo creo, con casi todos los atractivos del original, fluida, sobria, elegante, expresiva y completa. Comparándola con el resultado de la labor restante, puedo asegurar que quien lea tan preciosa pieza podrá decir que la ha leído en Horacio mismo.

Fué ella entregada á la publicidad hace algún tiempo y un distinguido crítico (1) dijo de ella: «La Oda que antecede es indudablemente, por su clásica sencillez y su profundidad filosófica, una de las mejores de Horacio».

«Hay en ella cierto dejo amargo: por una parte, ansia de placer y por otra el convencimiento de que el placer es breve. En ella resalta la nota característica de toda la poesía horaciana; la suprema serenidad del fondo y la limpidez sin mácula de la forma. Se ha sabido verter admirablemente el pensamiento del latino, siéndonos permitido afirmar que esta es la mejor de las traducciones que hemos publicado: el corte del verso castellano es clásico y la idea clarísima, sin sombras. Esta traducción es superior á cuantas conocemos de la misma Oda, difícilísima de

(1) El señor Muriano de Vedia.

traducir por lo condensado de la idea y la elegante concisión del lenguaje.»

Pues bien, dicha página es como la síntesis de las doctrinas morales del poeta en cuanto al individuo en general, á parte de sus bellezas de índole literaria, tan puras como todo lo que hoy denominamos horaciano, menos para caracterizar una peculiaridad poética, que para honrar altamente con el calificativo.

«En vano es que trates de saber cuando has de morir! En esto vale más resignarse al destino y, si te dan los dioses largos días de existencia ó si, por el contrario, decretan que el invierno próximo sea el último invierno de tu vida.

Aprovecha tus años sabiamente
Y á tu corto vivir, prudente brinda
También corta esperanza. De tus ánforas
El vino reservado clarifica
Mira que el tiempo, mientras hablamos, rauda
Del pasado al abismo se encamina;
Goza las horas del presente—y siempre
Del incierto futuro desconfía!

No sé si podrá escribirse hoy algo mejor sobre los funestos efectos de la cólera que lo exhibido en las melodiosas estrofas de la oda intitulada *Palinodia: O matre pulchrâ filia pulchrior*;—ni se que hayan sido superadas, por Juvenal ó por Lucano mismos—las olímpicas imprecaciones con-

tra la corrupción moral y religiosa de su tiempo, contenidas en las odas *Ad Romanos* y *Ad Fortunam*. Enemigo de los excesos, puede leerse como una página de sana moral aquellos fluidísimos versos dedicados á Quintilio Varo, anatematizando la ebriedad y el escándalo; ó el elogio puesto en boca de Ofelio, de la templanza y la frugalidad; ó aquellas amargas censuras de los amores oprobiosos en las odas contra Chloris y Lícea, á parte de las dos epodas—que por su lenguaje un tanto crudo y que constituyen una verdadera excepción justificable por el odio profundo del poeta contra las viejas prostitutas—me eximiré de coleccionar á imitación de la mayoría de los traductores.

Las Odas de Horacio han ocupado siempre un lugar preferente en la biblioteca de los hombres más morales—antiguos y modernos. Sacerdotes ilustrados, miembros distinguidos del clero argentino, me han hablado de ellas con entusiasmo. Para Juan M. Gutierrez, Velez, Avellaneda, López y otros, fué lectura predilecta. Del conocido hombre público Dr. Victorica recibí anotada una de las más antiguas y fieles ediciones, dedicada á Enrique VIII; el orador sagrado doctor Pera me mandó una más antigua y tan fiel como la primera; el erudito padre Viñas, secretario del obispado en el Paraná las sabe de memoria; en las bibliotecas de los colegios jesuitas he visto con placer diversas ediciones y

comentarios del gran poeta. En Santa Fé, por ejemplo, leímos con los padres de la Compañía algunas de las mejores producciones del libro de las Odas. Y en fin, para qué recordar que Fray Luis de León tradujo una buena parte de ellas é hizo de este poeta su maestro preferido?

.....
.....

No abandonó jamás á Horacio la fé de sus dioses, por más que hoy pueda repugnar á las conciencias religiosas toda aquella serie de bizarros endiosamientos que se encierran entre el antropomorfismo primitivo y las últimas manifestaciones del exhuberante politeísmo romano.

En esto no fué Horacio un epicurista propiamente, pues él creyó, como en su tiempo se creía, en la realidad de una vida ulterior sin recompensas. El sentimiento benevolente de los dioses y sus altos favores debían ser solicitados en este mundo ya que la regla de la existencia era el placer usado con prudencial moderación. (Véanse las Odas á Sexto y á Torcuato).

«No hagas en su honor ofrendas pomposas, dice en su Oda á Fidyla, porque de nada han de servirte estos sacrificios si no te allegas al altar pura de corazón.» Como se recordará, estas son palabras evangélicas repetidas por el Cristo en diversos pasajes de su vida sublime.

Y en la Oda *Ad se ipsum*, se reprocha él mismo el haber abandonado momentáneamente el culto religioso y entibiándose su fe «debido á los errores de una filosofía insensata».

insanientis dum sapientie
consultus erro;

Por eso en los sublimes anatemas de aquella oda patriótica dedicada á su pueblo, fustiga despiadadamente el abandono religioso y la crítica irreverencia para con las deidades.

Los dioses son la fuente inagotable
De todo lo creado
Y en su ser inmortal está el secreto
Del éxito y la gloria!

«Y si lograsteis, agrega, dominar el orbe entero fué porque otras veces tuvisteis confianza en ellos y creisteis fervorosos en su clemencia inagotable». «Es menester, concluye en su grandioso canto á la Fortuna, que nos dejemos de guerras fratricidas; que la juventud frívola é irrespetuosa de ahora tema á las divinidades. Es menester templar en otro yunque la espada rota en las contiendas civiles y sólo así, moralizados todos al igual de nuestros primeros antepasados, podremos vencer á nuestros odiosos enemigos.»

Con razón nos decía el orador sagrado que ya citamos: «en esta oda no hay más que cambiar

el plural relativo á los dioses y resultaría una alocución cristiana de actualidad.» En efecto, qué saludable lección se desprende de esos versos para las generaciones tan friamente escépticas del presente! Qué hermosas enseñanzas para lograr corregir algunas de las frívolas liviandades de ahora!...

Pero, el proceso histórico tiene sus leyes fatales, y las decadencias, trayectorias bien definidas. Atenas en tiempos del Macedonio es Roma en la época de Horacio—período inicial de aquella suprema degeneración que concluye con los bárbaros—y sobre todo en la época de Juvenal y de Lucano. Y no hablemos de historia contemporánea—pues, es sabido que las débacles son de todos los siglos y de todos los pueblos.

Pero, lo que á mi me conviene constatar es que quien se haya dedicado al estudio serio de este eminente latino, habrá concluído por admirarle y por cobrarle cariño, mayormente después que la rutina y la inconciencia del vulgo pedante lo han fustigado sin escrúpulos con apreciaciones deprimentes que este nobilísimo poeta está muy lejos de merecer. Y lo más lamentable es que algunos eruditos, en su afán de ensalzar la personalidad de otros poetas posteriores, hayan sentido la injusta necesidad de oscurecer al que después de Virgilio ha sido y será perdurablemente el más inspirado, el más genial y el más grande de los poetas del Lacio.

También, repitamos que no era, sin duda, lo mismo escribir en los días esplendorosos de la República, como Terencio amparado en la sombra gloriosa de los Escipiones; en los días de Mario y de Syla; en la época de César y de Antonio y en los tiempos de Octavio en que la República agoniza ó en aquella atmósfera corrosiva de la decadencia final en que todo se embrutece y degrada, desde Tiberio hasta Domiciano.

Censurarle á él los absurdos y los errores de su medio ambiente, importaría lo mismo que llamarle ignorante porque, como todos, creía que el monte Atlas era uno de los límites del mundo!

No, este poeta estudiado en sus inmortales producciones, especialmente en sus Sátiras y en sus Epístolas, ha de seguir interesando vivamente como hasta aquí, y no ha de haber, hombre erudito que no ocurra á encauzar su sentimiento estético, su gusto literario y también su pensamiento filosófico en las bellezas inmarcesibles de los versos de Horacio á quien, por algo el sublime autor de la Divina Comedia, colocó entre Virgilio y el «poeta soberano» —Homero!



Una buena parte de las reflexiones sentenciosas de Horacio se han hecho vulgares y pasado á la categoría de principios inconcusos ó de

axiomas universales. Ese es uno de los atributos de los genios.

He visto muy á menudo transcritos sus versos tanto en obras de aliento como en artículos lijeros y si no es más común semejante costumbre, es porque muy escasos son los que han hecho de las producciones de este poeta filósofo su libro predilecto.

No es extraño que el pensamiento humano se encuentre al través de los tiempos en sus investigaciones afanosas y en sus aspiraciones indefinidas por la verdad; yo he visto repetidas las ideas antiguas y las bellezas de su siempre lozana poesía, pero nunca con las calidades majestras de entonces. De ahí, la costumbre de los lemas, y la necesidad de las citas y transcripciones.

Ellas ilustran algunas veces mucho más que la propia página que las contienen, porque á parte de ser modelos en la forma, condensan admirablemente la idea sin que la verdad que revelan pierda un ápice de su soberano prestigio.

Ya es vulgar aquello de:

Pallida Mors œquo pulsat pede
Pauperum tabernas
Regumque turres....
Vitœ summa brevis spem nos vetat
Inchoare longam.

Y aquello otro sobre la influencia benéfica del vino usado con discreta moderación.

Tu lené tormentum ingenio admoves
Plerumque duro; tu sapientium
Curas et arcanum jocoso.

.....
Tu spem reducis mentibus anxiis
Viresque et addis cornua pauperi.

La Oda á Torcuato ha de llamar vivamente la atención por las reflexiones tan dolorosamente exactas que contiene, *Immortalia ne speres!* He aquí la eterna sucesión de las cosas:

El céfiro amoroso, las crudezas
Viene á templar del aterido invierno
Y á su vez, Primavera, presurosa
Huye al Estío sus rigores fieros
Y el Estío también nos abandona
Cuando Otoño pomífero se acerca;
Y después?... Otra vez el triste invierno.
Arido alzando sus opacas nieblas!

«La luna, agrega, puede reparar las pérdidas de sus menguantes; pero, nosotros... vamos menguando siempre! Y así, después que llegue nuestra hora, *pulvis et umbra sumus!* Sólo polvo serenos, sólo sombras!».

Damnosa quid non inminuit dies? se pregunta

al final de la oda á los Romanos. Qué no desgasta el tiempo destructor? Pero, sobre todas ellas, como concepción filosófica, está el canto á la Fortuna, lleno de intención y de tan profundos pensamientos sobre las cosas humanas que parecen escritos ayer mismo.

Sólo recordaré un brevísimo trozo, aquel en que describe los efectos consiguientes á la ausencia repentina de los favores de la suerte. Dirigiéndose á la Fortuna:

Si el halago retiras de tus goces
Ingrata huye de tí la turba multa
Liviana y movediza;
La meretriz infiel también se aleja
Y el coro bullicioso
De pérfidos amigos desaparece.
—Que el yugo del dolor, ay, no soportan!
Y no acompañan al doliente amigo
Cuando del ánfora en el fondo exhausto
Solo las heces quedan!

« El hombre de conciencia pura, dice en la Oda á Aristio Fusco, á nadie puede temer — no ha menester de armas para defenderse, ni javalinas moriscas, ni flechas envenenadas ». En la Oda á Dellio dice : « es menester conservar inalterable el alma en la adversidad y guardarse bien de las alegrías inmoderadas en la fortuna ». « Quien prefiera — en la Oda á Licinio Murena

— una dorada mediocridad, sin inquietudes por su suerte, no habitará la sucia y destartalada choza de los pobres. Las aspiraciones tienen su límite; es menester morijerar los propios deseos y alejarse también de la envidiada mansión de los ricos ».

Hé aquí otro fragmento que el lector habrá visto cien veces reproducido en sus hermosos pensamientos, siendo exclusivamente orijinal de Horacio :

« El viento ajita la copa de los altos pinos; cuanto más elevadas son las torres, tanto mayor es el peligro de su derrumbe: *Feruntque summus fulmina montes!* El rayo siempre hiere la cumbre de los montes más altos ».

« En la desgracia, espera; en la prosperidad, desconfía, y así tu alma se hallará constantemente preparada para todas las vicisitudes. No te olvides de rizar las velas cuando el viento se muestre demasiado favorable ! »

Contrahe vento nimium secundo
Turgida vela.

Acuérdate, *leviús fit patientia — quidquid corrigere est nefas* — que la paciencia torna llevadero lo que no es posible remediar.

Y entre las invectivas de la Oda XIII del Libro II, aquello tan popular ya de Santa Bárbara cuando truena :

Quid quisque vitet, numquam homini satis
Cautum est in horas.

«El hombre nunca se precave lo bastante en tiempo oportuno contra los peligros que desea evitar. *Nihil est ab omni parte beatum*; nadie es feliz en todo!»

Bueno, pero yo me estoy dejando insensiblemente llevar por las seducciones irresistibles de todas estas cosas, que no es menester husmear afanosamente, puesto que se encuentran con halagadora profusión en cualquier parte del libro.

Sólo he querido recordar con ellas, la profunda sagacidad del talento de Horacio; su acertado conocimiento de la vida; su amor nativo por la virtud; su odio por el vicio y esa fría impasibilidad de su espíritu levantado, por los halagos efímeros de nuestra breve existencia.

Es, pues, Horacio un filósofo que acepta las cosas tales como son después de haberlas penetrado y comprendido en todas sus aplicaciones, utilidades y desventajas morales. No cuadran á su criterio realista—en la alta acepción del concepto—las pomposas vaguedades de la filosofía idealista ó las teorizaciones ampulosas de los doctrinarios ilusos.

El placer íntimo, noblemente disfrutado, es el ideal de la vida. Y eso es verdad y lo será siempre para todos los que no juzguen con pre-

venciones sectarias á Epicuro como á Horacio y á Horacio como al moderno Bentham.

El ánfora que guarda en su seno perfumado el claro jugo de los racimos de Falerno, como la sombra protectora de las arboledas en los días abrumadores del verano; el tibio ambiente del hogar en las noches de invierno en que emperadores ó campesinos se reconfortan en torno de la lumbre, como el húmedo frescor de los arroyos que encantan con los rumores de sus náyades risueñas y la plácida serenidad de la vida agreste y las dulces satisfacciones del reposo, son el ideal moral de la existencia, el bien que perseguimos afanosos; como lo son del alma la consoladora tranquilidad de la conciencia—*integer vita scelerisque purus!*—la estoica conformidad por las contrariedades dolorosas, las fruiciones sin excesos en las horas fugaces de las alegrías; el sentimiento de la gratitud para con la amistad bienhechora; el culto de la memoria paterna—del padre querido que nos dió la vida y educó nuestra alma—*purus et insons fuit causa pater;*—y el reconocimiento levantado hacia la suprema bondad de los dioses y la sumisión resignada por sus altos y siempre benéficos designios!

Ese es el bien moral y, ese es Horacio.



No dejaría concluído este rápido esbozo de Horacio si no me ocupara también de la impor-

tancia de algunas traducciones en verso castellano hechas en España por poetas de conocido renombre ó de las versiones sueltas hechas en el Continente é insertas en la popular colección del erudito escritor D. Marcelino Menendez Pelayo.

Condensaré muy brevemente mi opinión sobre ellas manifestando desde ya que es verdaderamente lamentable lo que con nuestro esclarecido poeta ha sucedido, hasta el punto de que si él pudiera leer lo que se denomina *Odas de Q. Horacio Flaco traducidas por ingenios españoles*, apenas si reconocería una que otra estrofa, tal es la chocante infidelidad con que se le ha exhibido en la península.

Por fortuna, la España cuenta con exéjesis concienzudas, con trabajos de interpretación sobre el mismo asunto, que en gran parte hacen olvidar las intolerables impertinencias de los traductores en verso.

Si me propusiera hacer un examen prolijo de las Odas vertidas al castellano, probablemente no se salvarían de una crítica bien fundada muchos versos. Será ello explicable si se cree en la buena fe del editor, deseoso de enriquecer las lujosas publicaciones de la «Biblioteca Artes y Letras» con un libro que, siquiera por su volumen y por su tentadora exterioridad, llenase en los estantes el sensible vacío correspondiente á las Odas del famoso lírico de Venusia, pero en

homenaje á la respetable personalidad del poeta y al culto del arte antiguo, no es posible dejar pasar sin una severísima censura estas dolorosas mutilaciones que merecerían, si de la carátula no se borra el nombre generoso de Horacio, la pena de aquellas ciudades bíblicas que no pudieron salvarse de la destrucción por el fuego porque en su recinto no se pudo contar siquiera diez justos!

Ya sé que no sería obra de recta justicia oscurecer el incuestionable mérito de algunas de las composiciones coleccionadas: ya sé que las hay verdaderos modelos de verso castellano, pero son más bien producciones propias en las que el traductor se torna autor y modela su pieza según los impulsos de su propio talento y con el tema que el original suministra. Ahí está lo primero que recuerdo, la Oda *á mi Lira*. Eso es insuperable, pero algo más de la mitad no es de Horacio.

Fray Luis, Javier de Burgos, Leandro y Nicolás Moratín, Argensola, Villegas, Micheo, y especialmente Bello, hacen gala de su particular ingenio y no reflejan — como en la Oda *A la República* de que he de ocuparme por mera muestra—el fondo limpio del pensamiento ó de la imajen horaciana como es deber del traductor que en su tarea de franca y leal fidelidad, está obligado muchas veces á hacer el sacrificio doloroso

de la belleza castellana en homenaje á la verdad.

Ya he dicho que éste, como todos los grandes poetas, son intraducibles en la acepción rigurosa del concepto y que mejor es tomarse el trabajo de aprender siquiera algo del idioma original y hacer estudios prolijos del texto;—dejarlos reposar entre los resplandores de sus glorias inmortales, sin atentar contra su integridad de forma y de fondo —pero una vez abordada la tarea de la reproducción en diverso idioma, aún cuando solo nos mueva el mero propósito de ocupar el espíritu en los ratos abrumadores del ocio y del cansancio intelectual, es menester procurar toda la aproximación posible y, sobre todo, desecher el injustificable sistema de las interpolaciones frecuentes que, como es natural, desnaturalizan el trabajo, corrompen el arte, falsean las cosas y destruyen los contornos históricos de las grandes eminencias, como en este caso, de la poesía y del arte en general.

Vuelve á confesar ingenuamente mi culpa, pues yo sé que el perfume delicado que el gran lírico encerrara en las purísimas estrofas de sus cantos—ánforas seductoras de corte griego!—no puede ser traspasado á otro vaso sin fatales evaporaciones. Miro mis versos y los del latino y entonces siento en el alma el angustioso desconuelo de las distancias infranqueables —me parecen

flores que han doblegado su tallo é inclinado tristemente sus corolas marchitas y que apenas si exhalan como en suspiros de moribundo, los últimos efluvios de su blando perfume.

Bueno, pero al fin en lo mío, si no el alto y poderoso ingenio de aquellos ingenios españoles, al menos el amor al poeta, «*il grana'amore che m' ha fatto cercar lo tuo volume,*» me ha inhibido de incurrir en irreverentes bastardeamientos. En lo mío—puede verse—el tallo doblegado é inclinada la corola marchita, al fin es la flor del poeta, al fin es el mirto de sus sienes, los pámpanos de sus parrales lujuriosos, los tallos flexibles de sus tilos, las hojas de sus robles seculares, las ramas de sus pinos pónicos, la fronda de sus sauzales amarillentos, la guirnalda de sus laureles simbólicos, el fruto de sus olivos sagrados, el follaje de sus enhiestos olmos y de sus viejos cipreses—mústio todo, seco todo, pero algo he conservado, siquiera el polvo emocionante de las reliquias y eso me consuela y satisface por más que Horacio siga siendo Horacio y la traducción, la traducción!

Por qué, preguntará cualquiera, donde el poeta puso con tierna solicitud un pimpollo de sus rosales se ha de colocar un tulipán de nuestros salones? Por qué donde él puso una zagala candorosa se ha de poner una *señora* como en la Oda á Lydia? Donde él quiso arrojar flores sil-

vestres se le ha de hacer jugar al corso con bandejas de camelias? Donde él habló para la tierna Fidila se le ha de hacer hablar para un señor *Minardo*, bastante desconocido? Cuando él fustigó con su vibrante anatema las pérfidas bellezas de Barina se ha de prestidigitar el título á la Oda para poner muy frescamente: *A Lamia*?

Por qué en la Oda á *Torcuato* se le añade un pegadizo incomprensible con voces de *fuego! fuego!* como si de apagar algún incendio se tratara, con todos los elementos de un cuerpo de bomberos modernos? Por qué, en fin para no empalagar al lector, al rubio adolescente Ligurino se le cambia de una plumada lo que menos se le podría cambiar: el sexo! Y sale hecho el pobre una Ligurina coqueta de nuestros tiempos—que por algo el poeta habla de Icídas—varón—y de Ligurino, también varón!

Adios flores del poeta, adios mirto de sus sienes, pámpano de sus parrales y tallos de sus tilos y ramas de sus sauces y coronas de sus laureles—sustituídos por tulipanes, floripondios, margaritas y melocotones! Bellísimas deben ser esas zagalas de tontillo y peinado alto que exigen el tratamiento de *señora* y labradores de bota y galanes de galera y, Horacio mismo—qué lira, ni lira de Apolo — con una guitarra churrigueresca con flecos y cascabeles de carnaval!

De la alegoría *A la República*, D. Andres Be-

llo ha hecho una Oda enteramente nueva. Quiero parangonar la que exhibo ahora con la del renombrado escritor venezolano para poner de relieve los abusos de esta última. Ello, como se verá, es incomprensible.

Escogeré tan solo una estrofa para no hacer demasiado ingrata, por lo extensa, la demostración, advirtiendo que el resto del canto puede, estrofa por estrofa, ser objeto de análoga crítica.

Dice Horacio dirigiéndose á la nave alegórica:

O quid agis? Fortiter occupa
Portum. Nonne vides ut
Nudum remigio latus?

«Qué haces, nave? Vuelve tenaz al abrigo del puerto! No ves que tus bordas ya no tienen remos?»

Y la traduzco así:

Oh nave, qué haces? Presurosa torna
Del puerto al dulce abrigo,
No ves que de tus bordas la borrasca
Los remos ya ha barrido?

Y el traductor citado:

Ah! vuelve que aún es tiempo
Mientras el mar las conchas
De la ribera halaga
Con apacibles olas.

Como se ve en todo ello no hay más que el verbo *vuelve*; el resto es agregado gratuito.

Incuestionablemente más fiel es la de H. Torres aparecida en la *Revista Calasancia* de Noviembre de 1891, por más que se le pueda reprochar alguna notoria rudeza en sus versos.

¡Oh Nave, al mar de nuevo? Nuevas olas
Te llevarán! Oh, que haces? . . . En el puerto
Agarra fuertemente. Tu costado
¿No ves que está sin remos?
Del Abrego veloz enfermo el mástil
Que las entenas gimen, que al soberbio
Mar ya no pueden, sin los duros cables
Contrarrestar los leños?

Pero, la simple imitación de D. Pedro Peralta inserta en la página 66 de los *Monumentos literarios del Perú*, impresa en Lima en 1812—ejemplar que fué de D. José de San Martín—es sin duda mejor que la de Bello. (1)

SONETO ALEGÓRICO

Nave velera que zurcando altiva
El piélago profundo, hoi á mis votos

(1) El autor agradece al deferente anónimo que ha querido remitirle tan preciosa joya, como asimismo las bellas y elojiosas palabras con que la acompaña.

Te restituyes con los remos rotos
 Al puerto donde triunfes y yo viva:
 Defiéndate la playa compasiva
 De los furiosos y arreciados notos
 Y abandonando ya mares remotos
 No esperimentes más su zaña activa.
 No fies en tu nombre celebrado
 Ni en tus heroicos altos vencimientos,
 Puesto que al cielo tienes irritado,
 Reforma tus altivos pensamientos
 Que si no vuelves á tu humilde estado,
 Vendrás á ser ludibrio de los vientos!

Pero, quiero aceptar una versión de las menos
 infieles. La de Burgos, intitulada *Retractación. O
 matre pulchrâ.*

O matre pulchrâ filia pulchrrior
 Quem crimosos cumque voles modum
 Pones iambis, sive flamma
 Sive mari libet Hadriano.

«Oh hija más bella que tu madre bella, haz lo
 que se te antoje con mis criminales yambos, en-
 trégalos á las llamas ó á las olas del mar Adriá-
 tico.»

Y traduzco.

Hija más bella que tu madre bella
 Haz lo que quieras con mis crueles yambos

Arrójalos al fuego—que los quemé!
O al abismo insondable del Adriático!

Y Burgos.

Calma tu enojo ciego
Hija, más que tu hermosa madre, hermosa;
Mi sátira injuriosa
El mar la tragueó la consuma el fuego.

Puede verse que el primer verbo es meramente interpretativo, no está en el original por más que esté entre líneas. Donde se halla inserto es en la penúltima estrofa: *compesce mentem* y allí lo poné nuestra versión: reprime tus enojos.

Por otra parte, yo no sé para qué ir á buscar un verso de tanta dureza y de tan pesado giro como el *hija, más que tu hermosa madre, hermosa*, cuando el modelo proporciona todo lo apetecible: *hija más bella que tu madre bella; o matre pulchrâ filia pulchrior*. Más literalmente no es posible traducirlo en un endecasílabo completo.

Ha olvidado Burgos una porción bellísima de tan expresiva estrofa, aquella en que el poeta en los nobles movimientos de su ánimo arrepentido, le dice: *quem criminosis cumque voles modum pones iambis*—dispón á tu antojo de mis culpables yambos.

En la Oda à Chloë, el mismo escritor suprime el *Gatulesve leo* y agrega: ó tigre *que acosa el hambre*. El bellissimo, inimitable:

Tandem desine matrem
Tempestiva sequi viro.

Lo vierte así:

En sazón para un esposo.
De seguir deja á tu madre.

No es propiamente *esposo* lo que esa palabra *viro* relacionada con sus antecedentes significa. Por eso, he tratado de conservar la idea que el poeta quiso expresar.

A tu madre abandona—que ya es tiempo
De gustar el placer de los amantes!

Se halla algo del original en la traducción de la Oda á Leuconoe, atribuida á Góngora?

Dum loquimur fugerit invida
Ætas, Carpe diem, quam minimum credula postero

«Mientras hablamos huye rápido el tiempo. Aprovecha el día presente y fiáte poco de los que vendrán.»

«El tiempo huye; lo que más te importa
Es no poner en duda tu provecho:

Coge la flor que hoy nace alegre, ufana
Quién sabe si otra nacerá mañana!»

Como se ve el original nada de eso dice.
Fray Luis hace lo que quiere con la Oda á
Lydia.

Felices ter et amplius
Quos irrupte tenet copula, nec malis
Divulsus querimoniis
Suprema citius solvet amor die!

Que yo traduzco:

Feliz tres veces quien gozar alcanza
Incorruptible unión, libre de afanes
Feliz si Amor nuestra envoltura deja
Solo en el día del supremo trance!

Es evidente que mucho falta de las tocantes
bellezas del maestro, pero, sin duda, algo háy
de lo que el poeta vació en sussonoras estrofas.
Pero, qué es lo que hay en esta versión del in-
signe Fray Luis?

Oh dichosos amantes
A quien prendas de amor puro y sincero
Entre sí tan constantes
Tiene con un amor tan verdadero
Cual no será rompido

En cuanto al cuerpo el alma habrá regido.

Con entera razón, Menéndez Pelayo decía que en las traducciones del eminente fraile abundan no sólo los versos flojos y las frases desmayadas, sinó las torcidas inteligencias del sentido.

Mas, no puedo ya detenerme, pues me vería forzado á parangonar estrofa y estrofa, verso y verso, tarea que libro á los conocedores del texto latino, seguro que el balance ha de arrojar—del punto de vista del concepto especialmente—un saldo considerable á mi favor.

Lo que lamento es haber emprendido esta tentativa de versión en los ratos de descanso, como ya lo tengo dicho, sin ánimo de entregar el trabajo á la publicidad y, por lo mismo sin haber siempre observado toda la severa escrupulosidad que hubiera podido y debido.

Rehacer algunas Odas castellanas en otro metro habría sido para mí una tarea enojosa. Soy en ésto partidario decidido del *non bis in idem*.

Que este modesto ensayo, sincera manifestación de mi culto por las supremas bellezas del arte antiguo, no sea indigno de las glorias perdurables del famoso venusino que, bien pudo escribir para sí mismo aquel emocionante *non omnis moriar*—no he de morir del todo de la Oda á *Melpómene*, y este verso lapidario que la posteridad ha de recoger justiciera para consa-

grarlo de edad en edad hasta las más remotas generaciones: «he concluido un monumento más duradero que el bronce!»

Exegi monumentum ærè perenniùs!

Oswaldo Magnasco.
